

El Catolicismo, tan profundo en sus miras como prudente en su conducta, penetrado de la insuficiencia de la razon humana, y de cuán peligroso es dejarla abandonada á sus propias fuerzas, no se contenta con afianzarla con el áncora de la autoridad; sino que tomando en brazos al hombre desde su mas tierna infancia, procura inbuir su entendimiento de ideas religiosas, de manera que todos los demas conocimientos que se le comuniquen le encuentren ya preparado: asi consigue que siendo la religion el primer licor que se ha derramado en el vaso tierno, conserva éste por mucho tiempo la primitiva fragancia. Este sistema tan cuerdo, tan sábio, tan altamente social, se le ha designado con los nombres de *monástico*, *clerical*, y otros por este tenor, y se ha formado el empeño de denigrarle con mil apodos para preparar su descrédito y ruina; pero dia vendrá, y quizás no está lejos, en que la parte de Europa que le ha olvidado vuelva á reclamarle á grandes gritos como el único remedio de sus males. El divorcio que entre la inteligencia y la razon se habia procurado introducir en la esfera científica, se ha hecho descender á los sistemas de enseñanza, y para no esponer el resultado á contingencias, se ha procedido de manera que el hombre fuese ya *filósofo* desde niño. Mientras la sociedad se prepara en medio del mas profundo malestar para recoger á manos llenas los amargos frutos de semejantes sistemas, vamos á presentar á los ojos de los lectores un cuadro tristisimo, pero muy interesante; y por lo sucedido hasta ahora podrán conjeturarse las catástrofes encerradas en el porvenir.

Como la Francia ha sido el pais clásico de la filosofia irreligiosa, como en Francia es donde se habia proclamado en alta voz el divorcio de la inteligencia y de la religion, donde han debido dejar muy hondo sulco los sistemas irreligiosos, tomaremos aquel pais por punto de comparacion; y con datos irrecusables demostraremos que cuando la religion no preside al desarrollo de la inteligencia, este desarrollo es nocivo, es funesto, es peor que la ignorancia. Protestamos de nuevo que no es nuestro ánimo condenar la instruccion, que tenemos una conviccion profunda de que siendo bien dirigida, puede generalizarse sin ningun peligro para la sociedad, sin ningun detrimento de la moralidad ni del bienestar, antes con beneficio de ambos; y si presentamos noticias y cálculos que parecen á primera vista condenar la instruccion, hacémoslo tan solo con la mira de disipar las preocupaciones mas tenaces, que son las que se apellidan á sí propias despreocupacion y filosofia; hacémoslo con la mira de llamar la atencion pública sobre unos hechos que tanto interesan al porvenir de la humanidad.

Si tuviéramos que habérmolas con hombres de la escuela de Voltaire, cuyo pensamiento dominante fuese el cubrir de ridículo la religion, y perseguirla sin cesar hasta las últimas trincheras, perderia fuerza nuestro argumento; porque entonces se podria decirnos: "Defendéis la necesidad de la Religion como elemento indispensable para el saludable desarrollo de la inteligencia, y para apoyar vuestro aserto echais mano de los funestos resultados que acarrea una enseñanza basada sobre el ódio á la religion. Este raciocinio no es lógico; porque todavía no se ha ensayado un sistema que sin tener por basa principal la religion, como vosotros pretendéis, no estribe tampoco sobre el ódio á la religion; si el ensayo de este sistema produjere malos resultados, entonces, y solo entonces, habreis llegado á la consecuencia que os proponiais deducir." Afortunadamente para nuestro objeto, no puede dirigírsenos esta reconvenccion, porque solo nos proponemos ecsaminar los resultados del sistema de instruccion popular plantéado en 1833 por M. Guizot; y es bien sabido que Guizot, sean cuales fueren sus ideas y tendencias religiosas, está muy lejos de simpatizar con Voltaire.

Guizot, llevado de su celo por la propagacion de las luces, pensó sin duda hacer un inmenso beneficio á la Francia, inmadándola de escuelas; creyendo que serian abundante semillero de civilizacion. La estadística va echando por tierra las previsiones del filósofo; y á bien seguro que á estas horas no deja de mirar con ojos azorados el fruto que va produciendo su obra, y que empieza á desconfiar de las bellas ilusiones á que se entregaba, cuando dirigia á los maestros aquellas instrucciones, dignas, como todo lo que sale de su pluma, de ocupar un lugar distinguido entre los monumentos literarios. Pero si son bellas las páginas de la literatura y de la filosofia, la realidad es algo de mas positivo y respetable; y á ella es menester apelar para la resolucion de los grandes problemas en que está librada la suerte de la humanidad.

Ya se deja entender que el sistema de instruccion de M. Guizot estará muy lejos de ser lo que se llama *monástico ni clerical*; y es sabido ademas que este sistema de profusion instructiva ha contribuido mucho á la estension y aumento de la instruccion. Ahora bien, he aquí la cuestion en sus términos mas precisos: ¿Este mayor desarrollo de la inteligencia ha contribuido al bien de la sociedad? La cuestion quedará resuelta si manifestamos que ha contribuido al aumento del vicio y del crimen; y esto es lo que de sí arrojan los estados siguientes.

Nos serviremos de los datos oficiales sobre estadística criminal, publicados en Francia en 1837 y 1838; cotejando el año de 1834 con el de 1838.

AÑOS.	ACUSADOS.	
1834 . . . . .	6.952 . . . . .	} Aumento de acusados. . . . . 1.062
1838 . . . . .	8.014 . . . . .	

Es decir, que en estos cuatro años en que ha cundido mas la instruccion, se ha aumentado el número de acusados cosa de una sexta parte. Nótese que en los diez que precedieron á la época de que nos ocupamos, el número de los acusados se mantenía poco mas ó menos el mismo; de lo que se infiere que en esta diferencia no ha podido influir considerablemente, ni el aumento de la poblacion, ni el desarrollo de la industria, ni las calamidades públicas, ni otras causas pasajeras; pues que en los diez años anteriores anduvo tambien en aumento la poblacion, y progresó la industria de un modo notable. Ademas, tomando una base tan espaciosa como es un decenio, es claro que debieron de acontecer en este tiempo todos los accidentes que pudieran influir en aumentar el número de los acusados. Esta coincidencia del aumento de la instruccion con el de los acusados, cuando no se adivina otra causa que haya podido producir tan triste resultado, es ya de sí un indicio bastante grave de que el sistema de enseñanza no está libre de responsabilidad; pero todavía pueden presentarse otros datos que dejan la cosa fuera de duda. Para esto no hay mas que considerar el número de acusados en diferentes clases segun el grado respectivo de instruccion; y entonces se manifiesta tan claro el origen del mal, que es menester cerrar los ojos para no verle.

	AÑOS.	ACUSADOS.
Acusados que sabian leer y escribir bien. . . . .	1834 . . . . .	608
	1838 . . . . .	2.587
Acusados que habian recibido una instruccion superior. . . . .	1834 . . . . .	203
	1838 . . . . .	276

Pero lo que hay de notable en este punto, es la mayor probabilidad que tiene el hombre instruido de cometer sus delitos impunemente; por manera que estando mal montada la instruccion, acarrea el doble daño de formar al criminal, y luego encubrirle y protegerle. Es bien claro que cuanto mayor sea la instruccion del acusado, mas medios sabrá escogitar y emplear para sustraerse á la accion de la ley; pero este resultado, previsto ya por la razon, viene en seguida confirmado por la estadística. Obsérvese la progresion en que va creciendo el número de los absueltos, en proporcion con sus diferentes grados de instruccion, tomando por punto de comparacion un mismo número de acusados.

	GRADOS DE INSTRUCCION DE LOS ACUSADOS.	Acusados.	Absueltos.
Que no sabian leer y escribir . . . . .		100	33
Que sabian leer y escribir imperfectamente . . . . .		100	37
Que sabian leer y escribir bien . . . . .		100	42
Que tenian una instruccion superior. . . . .		100	60

Con la mira de que nuestros lectores se formen una idea de la progresion ascendente del crimen, y se convenzan de cuán fundado es el sobresalto que inspira á todos los hombres observadores la errada marcha de la civilizacion, presentaremos todavía nuevos datos que abarcando una escala mas estensa, nada menos que de trece años, presentarán mas ancho campo á la observacion, y servirán de base mas segura á los cálculos é ilaciones. El siguiente estado espresa los criminales condenados en Francia desde 1825 hasta 1838, ambos inclusive, pasándose por alto el de 1835, que falta en el documento que tenemos á la vista, publicado en Paris, sacado de una obra titulada *Education pratique*.

AÑOS.	CONDENADOS.	AÑOS.	CONDENADOS.
1825 . . . . .	4.037	1832 . . . . .	4.448
1826 . . . . .	4.348	1833 . . . . .	4.105
1827 . . . . .	4.236	1834 . . . . .	4.165
1828 . . . . .	4.550	1836 . . . . .	4.623
1829 . . . . .	4.475	1837 . . . . .	5.117
1830 . . . . .	4.130	1838 . . . . .	5.164
1831 . . . . .	4.098		

Llamamos la atencion del lector sobre una particularidad notabilísima que se observa en el estado precedente. Desde 1825 hasta 1833, va fluctuando el número de los condenados, subiendo y bajando, de manera que se conoce que no hay ninguna causa particular que produzca ni aumento ni disminucion. Años hay en que se eleva de repente, como en 1828, pero volviendo luego á deprimirse, calmándose de esta manera la alarma que se hubiera podido ocasionar al observador. Pero desde el año 1833, el aumento es constante, pasando en cinco años desde 4.105 hasta 5.164. Resultado espantoso que hiela la sangre en las venas; ¡y cabalmente desde 1833 data el aumento en la instruccion! Aproximad estos datos, ved cómo del cotejo brota una luz sombría que os hace divisar pavorosos abismos.

Todavía mas. La estadística de la policia correccional viene tambien en comprobacion de lo mismo que estamos manifestando. Empecemos desde el año 1826 inclusive, y veamos lo que sucedió hasta 1838, tambien inclusive. Distribuyendo estos trece años en dos quinquenios y un trienio, resulta que el número de asuntos y de personas de que tuvo que ocuparse la policia correccional, anduvo siempre en aumento. He aquí los guarismos:

	ASUNTOS. PERSONAS.	
De 1826 á 1830. . . . .	49,357	62,880
De 1831 á 1835. . . . .	60,245	77,947
De 1836 á 1838. . . . .	47,020	61,204

Buscando el término medio para cada año, resulta:

	ASUNTOS. PERSONAS.	
De 1826 á 1830. . . . .	9,871	12,576
De 1831 á 1835. . . . .	12,049	15,589
De 1836 á 1838. . . . .	15,673	20,401

Este estado presenta tambien una particularidad notable, y es, que en solo el trienio de 1836 á 1838 hay mucho mas aumento que en el anterior quinquenio; cabalmente el trienio es la época en que mas se habia difundido la instruccion. . . . .

Para no fatigar á los lectores con mas guarismos que nos seria muy fácil acumular, presentaremos traducido lo que dice sobre este punto el autor de la obra citada mas arriba, cuyo título es *Educacion practique*. Helo aqui:

“En resumen las investigaciones que acabamos de hacer nos han conducido á establecer:

“1.º Que á medida que la instruccion se ha propagado de año en año, el número de los crímenes y de los delitos ha crecido en proporcion análoga.

“2.º Que en estos delitos ó crímenes, la clase de los acusados que saben leer y escribir, entra por un quinto mas que la clase de los acusados enteramente rudos; y que la clase de los acusados que han recibido una alta instruccion, entra por dos tercios mas, guardando la proporcion correspondiente á la respectiva poblacion de estas clases.

Acusados.

“En otros términos; cuando en la clase enteramente ruda, 25,000 individuos dan . . . . . 5

“En la clase que sabe leer y escribir, 25,000 individuos dan mas de . . . . . 6

“En la clase que ha recibido una instruccion superior, 25,000 individuos dan mas de . . . . . 15

“3.º Que el grado de perversidad en el crimen, y las probabilidades de escapar de la persecucion de la justicia, y de la vindicta de las leyes, están en proporcion directa con el grado de instruccion.

“4.º Que en los departamentos donde la instruccion está mas difundida abundan mas los crímenes; es decir, que la moralidad está en razon inversa de la instruccion.

“5.º Que las reincidencias son mas frecuentes entre los acusados que han recibido instruccion, que entre los que no saben leer ni escribir.

“A medida que la instruccion se propaga, hemos reconocido que el número de delitos contra las personas y las propiedades, de atentados contra las costumbres, de uniones ilegítimas, de expósitos, de alienaciones mentales, de suicidios, aumenta en proporcion, no solo con la estension, sino tambien con el mayor grado de instruccion.

“¿Deberemos inferir de aquí que la instruccion sea un azote y que ella produce el aumento de los crímenes y miserias morales que acabamos de señalar, y que por consiguiente sea necesario comprimirla y restringirla? No ignoramos que esta opinion no carece de partidarios, y que no faltan hombres que quieren que se ponga en práctica. Nosotros, sin embargo, no podemos convenir en ella; y afortunadamente podemos apoyarnos en la autoridad y opinion de M. Laurentie, que ha sido el primero que la ha rechazado en nombre de las opiniones é intereses religiosos; y que ha refutado con tanta energía como razon, á un economista de la escuela utilitaria, que no veia otro remedio al mal, que cerrar las escuelas, y poner en lugar del maestro al gendarme.”

Hemos presentado estos datos para llamar vivamente la atencion pública sobre el inminente riesgo que corre la sociedad en no sirviendo de principal base á la ensenanza la religion. No se crea que hayamos agotado las pruebas, y que nuestra opinion sea aislada, y que nuestros clamores sean hijos de un temor escagerado; fácil nos seria apoyarnos en la autoridad de hombres distinguidos, y que no pueden pasar plaza de preocupados; tales como M. Guerry, M. Dupin, M. Moreau Christophe, el baron de Moragües, M. Quelelet y otros, todos acordes en la funesta relacion que se encuentra entre la instruccion y el crimen; y si hubiéramos querido echar mano de los trabajos del ilustre español D. Ramon de la Sagra, bastáranos abrir sus *Lecciones de Economia social*, para encontrar abundancia de guarismos que vienen en confirmacion del hecho lamentable que estamos indicando.

Ya que hemos nombrado á este distinguido economista, séanos permitido insertar aquí las notables palabras con que espresa su opinion sobre esta importante materia. “De lo dicho pudiera tambien deducirse, que la instruccion primaria era un mal mas que un bien, y que la cultura del entendimiento, lejos de debilitar la inclinacion al crimen, tendia, al contrario, á aumentarla y fortificarla. Pero afortunadamente no es tal la consecuencia que debe

“deducirse. Lo que si resulta demostrado, de todo lo espuesto, es  
“que la sola instruccion sin estar unida á la educacion moral y re-  
“ligiosa, no ofrece contra la inmoralidad, el remedio que ha queri-  
“do suponérsele; que la instruccion superior, no estando unida á  
“un grado correspondiente de educacion moral y religiosa, no pro-  
“cura á los individuos los bienes intelectuales que tiende á promo-  
“ver, y que llega á ser nocivo á las clases inferiores que solo toman  
“de ella medios de perjudicar, al paso que la misma escitacion  
“mental producida por tales estudios, los saca de su esfera social y  
“perturba el órden físico y moral de los pueblos. La instruccion  
“primaria es necesaria á todas las clases para su existencia y su  
“adelanto; pero la educacion es la única capaz de mejorar su mo-  
“ralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instruccion  
“superior es conveniente á las sociedades, pero debe ser privativa  
“de los individuos que pueden ser útiles con ella, y solo en el nú-  
“mero correspondiente á las necesidades de las naciones. El mal  
“de la instruccion, dice M. Moreau Christophe, procede del modo  
“como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia  
“la semilla en su gérmen, y hace producir al suelo frutos inútiles y  
“peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica  
“al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reser-  
“va para las virtudes del corazon. Puede salirse sábio de tales  
“institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y ¿qué vale la  
“ciencia sin la moral?” Continúa el Sr. de la Sagra copiando otro  
trozo de M. Moreau Christophe, y ponderando la necesidad de la  
educacion moral y religiosa, y despues añade: “*Lo que si es cier-  
“to, constante y demostrado por la teoria y la experiencia, es que  
“el vicio y el crimen siempre están unidos á la irreligion, y que en  
“infinitos casos, la irreligion conduce á la miseria y siempre á la  
“desgracia. La irreligion, señores, que supone la falta de la fé,  
“de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto nece-  
“sarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades,  
“destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérme-  
“nes del mal.*”

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuitas, los fra-  
les y los clérigos, los que invocan la Religion como base necesaria  
de toda educacion y enseñanza, si no se quiere hundir en un abis-  
mo al individuo y á la sociedad; no son ya hombres de aquellos  
que puedan ser tachados de adictos á los sistemas que se apellidan  
de opresion y oscurantismo; son hombres conocidos por sus opinio-  
nes liberales, distinguidos por su ilustracion, llenos de esperiencia  
adquirida en largos viajes, y cuyas palabras solo pueden ser la es-

presion de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los he-  
chos.

Así ha querido la Providencia que triunfase la verdad; ha permi-  
tido que el hombre ensayase la obra insensata de sustraer á la in-  
teligencia del influjo de la religion; y la inteligencia se ha prosti-  
tuido formando monstruosa alianza con el vicio y el crimen. Ver-  
güenza da el decirlo! ¡la instruccion fomenta la maldad!... Para  
honor del espíritu humano, seria de desear que ese hecho lamenta-  
ble pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civiliza-  
cion, la existencia misma de la sociedad, exigen que se le publi-  
que en alta voz para eterna confusion de las doctrinas irreligiosas,  
exigen que se grave por todas partes en caracteres indelebles la  
importante verdad de que, allí donde hay instruccion sin religion,  
allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semi-  
llero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un ene-  
migo capital de la verdadera civilizacion.

#### Artículo Cuarto y último.

*El mayor bienestar posible para el mayor número posible, diji-  
mos que era otro de los objetos á que debia encaminarse la sociedad,  
si se queria que la civilizacion fuese sólida y verdadera. Desgra-  
ciadamente esta es la condicion que mas ha faltado á todas las ci-  
vilizaciones; triste efecto, dimanado en parte de la injusticia de los  
hombres, pero que tiene su principal origen en la misma natura-  
lez de las cosas. Examinad las civilizaciones antiguas, y vereis  
que se verifica en ellas de un modo horroroso, aquello de *humanum  
paucis vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferen-  
cia de estas, que ya por sí solas condenaban á una gran parte de la  
humanidad á las mayores miserias y padecimientos, y concretán-  
donos tan solo á la clasificacion de pobres y ricos, vemos que las  
ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la  
eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. ¿Qué es*

lo que principalmente embaraza á Solon, cuando se propone dar leyes á los Atenieses? Los ricos que quieren conservar sus riquezas, y escogir de los pobres lo que estos les deben; y los pobres que no pueden pagar, y que ademas pretenden un repartimiento de tierras. Bajo una ú otra forma, esta es la cuestion eterna de la república de Atenas. En Roma notamos una lucha semejante, dimanada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos, no se trata principalmente de honores y de mando; lo que se disputa es el pan que sobra á los ricos, y escasea á los pobres. Y cuenta, que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma á los Lúculos y Crasos, cuyas desmedidas riquezas han pasado á proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas á su mando, seguros de que amontonando oro, y desparramándole despues en su patria, obtendrian los sufragios que necesitase su ambicion: épocas desastrosas, en que la *maldiva sed del oro* se habia apoderado de todos los corazones, y concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el extremo de que en una ciudad de un millon doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la república, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo mas corrompido cuando se encumbraba la ambicion en brazos de la codicia.

Limitarémos, pues, á los tiempos mas felices de la república, en que la austera pobreza, *sæva paupertas* de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo. Licinio fué el primer cónsul salido de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que le eleva al primer puesto de la república, vemos involucrado el interés social; pues que es el mismo Licinio quien, siendo tribuno de la plebe, habia hecho establecer la famosa ley *Licinia*, sobre la limitacion del derecho de adquirir, poniendo coto á la escensiva acumulacion, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Gracos, que tanto dieron que entender á la nobleza romana, echaban mano tambien de la palanca mas poderosa, para remover la plebe; la ejecucion de la ley *Licinia*, era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas, era el estimulante cebo con que atraian á la multitud, y que les labraba aquella popularidad, á que no encontraron otro remedio los patricios, que la muerte de los dos tribunos.

Fácil es calcular lo que sucederia en otros paises, cuando en las dos repúblicas donde fué mas vivo el espíritu de libertad, y donde

llegaron á ejercer mas influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situacion, y las mas de las disensiones politicas reconocian por origen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos, al sistema de las colonias. Los Egipcios, los Fenicios, los Rodios, todos los griegos de las costas de Asia, los Cartagineses, los Romanos, todos ofrecen el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobreabundaban de poblacion, y se veian precisados á buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Así es que el sistema de estos establecimientos en paises lejanos, que tanto prevaleció entre los Fenicios, los Rodios, los Cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de factorias que les asegurasen la estension y prosperidad del comercio, sino como un remedio á los males que afligian á las clases mas numerosas, las que no teniendo de qué alimentarse, ponian en peligro la tranquilidad pública.

Ahora que se ofrece la oportunidad, nos permitiremos una observacion sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo comun, se da sobrada importancia á los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se prescinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se esplican demasiado por causas politicas, ó por la influencia de ciertos hombres; si se calara mas hondo en el corazon de la sociedad, se encontrarian otras causas mas profundas, y sobre todo, mas naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que á nuestro juicio debiera hacerse en la historia, es la investigacion de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos; entendiendo por esto, el formar una estadística tan exacta y minuciosa como fuera posible, no tan solo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religion, de sus leyes, usos y costumbres, sino tambien, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran sus medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cambios de gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estemos seguros que nada de esto basta para comprender á fondo la historia de un pueblo, y el verdadero carácter de su civilizacion. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitacion, y la infinidad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo

que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer extraño á algunos lectores, lo haremos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí á dos mil años estudian los hombres la historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que lean las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo, que contemplan asombrados la estension de sus posesiones en todos los puntos de la tierra, que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre sus revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos mas distinguidos, se atreven á explicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razon de sus simpatias por esta ó aquella forma de gobierno, por este ó aquel sistema, por estos ó aquellos hombres en los países extranjeros, los motivos secretos de sus guerras; en una palabra, todos los resortes de su política interior y exterior; figurémonos que los historiadores acometen tamaña empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situacion de la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberian de oirse explicaciones peregrinas? Señalaríanse, á no dudarlo, razones plausibles, verosímiles á mas no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarían las observaciones histórico-filosóficas; pero si entonces se les presentase un anticuario, mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa produccion de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entonces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania; mas breve, con todos los pueblos de la tierra; entonces, cuando verian mas claro que la luz del dia las verdaderas causas de los fenómenos que ellos explicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarían avergonzados de su pretendida filosofia? ¡Oh! y cuánto, y cuánto de semejante nos sucederia á nosotros, si levantándose del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentacion de una minuciosa estadística. ¡Cuánto, y cuánto desengaño no nos prepara la posteridad, si fijándose los historiadores un poco menos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de batalla, y otras mil cosas mas fáciles de narrar que de probar, se dedican con mas ahinco á desenterrar libros y monumentos antiguos, y á aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y acullá, sobre el verdadero estado intelectual,

moral y material de los pueblos! Tenemos la firme conviccion de que haciéndolo así, se aclararia y simplificaria en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia; y nos atreveriamos á pronosticar, que tambien en los tiempos antiguos, con mas ó menos semejanza á los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política*, se resolverian en sencillas cuestiones de interés material, y que las mas de las grandes agitaciones políticas, se habrian remediado fácilmente, con algun aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

Con el establecimiento del Cristianismo, se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad, pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, é inculcado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases mas numerosas han cambiado enteramente de situacion; y ya que no haya sido posible hacerlas felices, al menos se ha conseguido asegurarles una suerte incomparablemente menos desgraciada. Sin embargo, el Cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras, como sábio y prudente en su conducta, nunca ha prometido á la generalidad de los hombres, cambios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensado lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibian.

El Cristianismo conoció una verdad, que han venido despues á confirmar los principios de la economia política; y es, la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicacion de los hombres está en desproporcion con el aumento de produccion de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa, que ó padece privaciones, ó muere de hambre; masa que entre los antiguos quedaba abandonada á su suerte, suediéndole todavía lo propio en los tiempos modernos, allí donde no ha prevalecido el Cristianismo. El pensamiento de la religion cristiana en esta materia, puede traducirse del modo siguiente: "el mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en estirparle, sino en disminuirle y aliviarle." No ha engañado á los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal; siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto á la propiedad, y ha procurado preaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento sobre la tierra, empezó el Cristianismo la grande obra de la regeneracion social, mirando como uno de sus objetos mas predilectos, el mejorar la suerte de las clases mas numerosas. Los muchos y variados estable-

cimientos de beneficencia que se fundaron por todas partes, donde quiera que alcanzó su influjo, la abolición de la esclavitud, la dulcificación de las relaciones de los grandes con los pequeños, de los ricos con los pobres; he aquí sus obras.

Como la irrupción de los bárbaros del Norte hizo pedazos el imperio romano, echando por el suelo casi todas sus instituciones, y mudando enteramente la faz del mundo, no es fácil decir á punto fijo, cuál hubiera sido el cambio que en la suerte de las clases mas numerosas habria introducido el Cristianismo, si sus influencias no hubieran tenido que luchar con aquel inaudito sacudimiento, y hubiesen podido desenvolverse pacíficamente en el seno de la civilización romana. Como quiera, inútil seria ahora aventurarse á conjeturas, mas ó menos verosímiles, sobre lo que en tal caso hubiera sucedido; y dejando lo que hubiera podido acontecer, mejor será entrar en algunas consideraciones sobre lo que realmente aconteció.

No es difícil atinar cuál debió de ser la suerte de la clase mas numerosa en los calamitosos siglos que siguieron inmediatamente á la irrupción de los bárbaros: durante aquella época de fluctuación espantosa, en que se encontraban con violento choque, no ejércitos, sino naciones enteras, disputándose el terreno como las fieras la presa, déjase desde luego entender, que el elemento que mas prevalecia, era la fuerza; y bajo el imperio de la fuerza, el débil es la víctima. Así es que los pobres, aunque cobijados bajo el manto de la Iglesia, aunque protegidos bajo su égida poderosa, gemian en una situación lamentable: porque la Iglesia no tenia pan para todos; y en medio de tanto trastorno, no siempre podia acudir por todas partes á la defensa de todos.

De en medio de aquel caos brotó el primer embrión de organización social, bajo una forma monstruosa y repugnante á la verdad, pero que al fin debió de ser un muy natural y necesario efecto de la situación social de los pueblos, dado que la vemos presentarse y establecerse, casi simultáneamente, sin ningun esfuerzo, en todos los paises de Europa. Ya se entiende que hablamos del *feudalismo*, y basta este solo nombre para recordar la pobreza y el malestar de las clases mas numerosas. Transmitidos por herencia los feudos, y concentrados por consiguiente en pocas familias todos los honores, todas las riquezas, todos los goces, todo el poder, la clase mas numerosa no solo debia estar en la pobreza, sino que estaba condenada á permanecer en ella, como cercada por un muro de bronce, como aprisionada con una cadena de hierro.

Es digno de notarse que el Cristianismo, minando sordamente y por medios legítimos el sistema feudal, preservó á la Europa de

una calamidad, que inevitablemente iba á caer sobre ella. El feudalismo, por su misma esencia, tendia á establecer el sistema de las castas; pero en un pais donde domina una religion que declara á todos los hombres iguales delante de Dios, hermanos en Jesucristo, salidos de un mismo origen, y creados para un mismo fin, no podia arraigarse ese sistema; y así es, que lejos de que ese gérmen, que mas ó menos encubierto estaba en el seno del feudalismo, fuese desarrollándose con el tiempo, anduvo cada dia á menos, se fué amortiguando, hasta que pasando insensiblemente el feudalismo á convertirse en nobleza, se alejó mas y mas del carácter de casta, y se constituyó en clase: clase, que socavada al fin con la corriente de los tiempos; y la acción disolvente de las ideas, enervada por el cansancio y el lujo, y debilitada por la política de los reyes, habia de saltar en polvo y astillas, al primer hachazo que le descargase la revolucion.

Arruinado el feudalismo, y desestancadas algun tanto las riquezas, pudieron derramarse por la sociedad, fecundando las demas clases; y entonces empezó á levantarse la clase media, que aunque salida de la misma masa proletaria, ejerció por sus riquezas y por su ilustración, poderosa influencia en el destino de la sociedad. Con este cambio, y siendo muy numerosa la clase media, parecia resuelto en gran parte el gran problema social de proporcionar el mayor bienestar posible al mayor número posible; sin embargo, las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de la clase media, produjeron la multiplicación de la que venia tras de ella; y la dificultad se presentó mas complicada, y los peligros mas alarmantes. La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron la clase media; pero estas mismas causas acarrearon una asombrosa multiplicación de la proletaria: insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas á tal extremo, que en los paises donde ambas abundan mucho, como sucede en los industriales, consideran los mas pobres á los mas ricos, sean de la clase que fueren, como una verdadera nobleza.

Ha contribuido mas y mas á este fenómeno, el haber sobrevenido hondas revoluciones, donde las clases medias han figurado como agresoras, y en que se han pulverizado todo linaje de privilegios; pues desde entonces la riqueza ha venido á ser el único blason, y quien le ha tenido ha sido reputado por noble. Una parte del pueblo no conoce sino pobres y ricos, y mira con igual envidia el palacio de un descendiente de los antiguos magnates, la espléndida casa del opulento banquero, ó la magnífica habitación del *desinteresado* filósofo, encumbrado en uno de los primeros puestos del gobierno,

velando por los intereses de la humanidad, y por los *intereses* de su fortuna.

Esta separacion entre las dos clases, va haciéndose cada dia mas profunda, merced al aumento del pauperismo, que amenaza tragarse las sociedades modernas. Aquí llamamos la atencion de todos los hombres pensadores, y de cuyo corazon no se hayan borrado todos los sentimientos de la humanidad, sobre un lamentable error en que se incurre, cuando se trata de evaluar la civilizacion de los pueblos, señalando los quilates de perfeccion á que ha llegado la sociedad. Confúndese de un modo monstruoso el brillo y poderio de un gobierno, con la riqueza y bienestar de la nacion; se llama dicha, adelanto de una sociedad, lo que en el fondo no es mas que la riqueza de un número muy reducido.

Concretémonos á un ejemplo. ¿Quién no ha oido un millon de veces, señalar la Gran Bretaña como la nacion mas ilustrada, mas libre, mas rica, mas dichosa, mas civilizada del orbe? ¿Quién no la ha visto propuesta una y mil veces como el bello ideal, como el modelo imitable de que no deberian apartar nunca sus ojos las demas naciones? Y sin embargo, en la Gran Bretaña es donde se verifica del modo mas escandaloso, el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas mas monstruosas, agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica, en toda la estension de la palabra, que muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta á la miseria; en la Gran Bretaña es donde se encuentra el mayor número de pobres. Y nosotros preguntaremos ahora: ¿qué significa la civilizacion, cuando el mayor número carece de pan? ¿Dónde está la perfeccion de una sociedad cuya mayor parte es víctima de la desnutricion y del hambre? A tantos desgraciados como perecen consumidos de miseria en las guardillas y subterráneos, ¿qué les importa la influencia del gabinete de San-James, ni la prepotencia de su marina, ni la estension de sus colonias? A los infelices jornaleros, á las mugeres, á los niños, que amontonados en los establecimientos fabriles *vegetan* en la estupidez y en la miseria, dando maquinalmente el movimiento al manubrio de otra máquina, ¿qué les importa, ni la perfeccion de las manufacturas, ni de las máquinas, ni la magnificencia de las fábricas, ni la opulencia y el lujo de sus dueños? Afortunadamente no pensamos que la civilizacion inglesa sea el tipo de la civilizacion moderna; que si así fuera, diriamos que esa civilizacion, con su saber, con su industria, con su prensa, con su libertad, y con su todo, es una solemne impostura.

En España no ha cundido todavía el pauperismo; porque ni se encuentra la desmedida acumulacion de riqueza territorial en manos de pocos propietarios, ni en las poblaciones manufactureras se ha podido desarrollar la miseria que aflige á las de otros paises; y creemos que mientras es tiempo, seria muy importante que todos los hombres ilustrados y amantes de la humanidad, ecsaminasen á fondo, cuáles son los medios que podrian adoptarse para que sin cortar el vuelo á la industria, se evitase el arraigo en nuestro suelo, de un mal, que en Inglaterra y en Francia, no solo lastima los sentimientos de la humanidad, sino que pone tambien en peligro la tranquilidad pública.

Las clases que por su riqueza han adquirido por la nueva organizacion social mucha influencia y poderio, no deben perder de vista la importante verdad, de que su misma elevacion les impone el deber de ser civilizadoras; es decir, de procurar para el mayor número *la instruccion, la moralidad y el bienestar*. Toda clase que no cumple con su instituto, perece; este es el órden natural de las cosas, así lo tiene establecido la Providencia. El mayor error en que pueden incurrir las nuevas clases, que han venido á formar como una nueva aristocracia, es el creer que nada vale la antigua civilizacion de España, que es menester derribar hasta sus últimos restos; olvidar todas sus inspiraciones, abjurar todos sus principios, y amoldarnos enteramente á la Francia é Inglaterra. No olviden que la economía política inglesa, que considera al hombre como un mero capital, haciendo abstraccion de las relaciones morales, es no solo un enemigo de la humanidad, sino tambien de la misma industria; es un elemento de revoluciones políticas; es un germen de hondos trastornos sociales. En medio de los escombros de nuestras arruinadas instituciones, encontrarán todavía muchas preciosidades que aprovechar; y estas preciosidades, reorganizadas con buena voluntad y constancia, podrán producir ópimos frutos, mayormente siendo cobijadas por las creencias religiosas, que afortunadamente se conservan en nuestra patria.

Las clases están todas intimamente enlazadas; intereses que en la apariencia son exclusivos y contradictorios, son en realidad intereses comunes. Las antiguas clases han caido; ellas, que tenian ciertamente mas fuertes parapetos y mas sólida organizacion que no tienen las nuevas; ¿qué será, pues, de éstas? Síntomas se presentan que hacen columbrar revoluciones, presentir catástrofes. Se empezó disputando sobre la legitimidad de antiguos y respetables títulos, y las propiedades que sobre ellos estribaban, bambolearon, y al fin vinieron al suelo. Mirad la revolucion francesa, mirad las



otras mas antiguas y mas modernas. Lutero publicó su libro del *fisco*, minando la propiedad de ciertos bienes, y en seguida vinieron los anabaptistas, declarando guerra á muerte á todos los ricos. San-Simon, Owen y otros reformadores predicán la abolicion de toda propiedad; y estas doctrinas no carecen de séquito. Un nuevo carácter presentan los reformadores modernos, y es, el dar á sus sistemas un tinte religioso, muy propio para deslumbrar y para engendrar el fanatismo. Se ha querido hacer de la religion cristiana un sistema filosófico, y este nuevo Cristianismo forjado por el hombre, empieza á ser la enseña de los prosélitos de la nueva escuela.

Las doctrinas en que se ataca el derecho de propiedad, en que se ofrece á la multitud un estimulante ceba que le da esperanzas de mejorar de suerte, entrando en la participacion de los bienes de los propietarios, no se limitan ya á fundadores de nuevas sectas, sino que empiezan á reclamar un puesto en las páginas de la filosofia.

No siendo este el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia, nos limitaremos á advertir á las clases ricas, que andan muy erradas si piensan que el medio de evitarse compromisos y apuros puede ser la *fuerza*. Esta no se halla en el número menor, sino en el mayor. Los medios morales son los únicos que pueden tener eficacia duradera; y así, todas las clases acomodadas tienen un interés en que se planteen sistemas de educacion, así para los niños como para los adultos, en que se conserve al pueblo la moralidad que tenga, y se le comunique la que le falta. Instrúyase al pueblo; pero instrúyasele bien, que la verdadera luz no daña jamas al hombre. En otro artículo hicimos observar cómo entendiamos esta instruccion, es decir, acompañada de moralidad, basada sobre la religion católica; y con irrefragables datos demostramos las funestas consecuencias que eran inevitables, si se daba á la enseñanza un rumbo diferente.

En Inglaterra y en Francia es muy temible el pauperismo; pero es menester advertir que si se introdujera en España, lo seria por necesidad mucho mas. En Inglaterra hay una organizacion social, que aunque monstruosa, es, sin embargo, muy antigua; está ademas enlazada con su constitucion y su legislacion, y es, por tanto, muy fuerte como elemento de gobierno. En Francia hay los desengaños de medio siglo de revolucion, hay un respetable conjunto de intereses nuevos, que puestos ya en juego de muchos años á esta parte, é insertados con mas ó menos naturalidad en el sistema político, no dejan de formar una basa para asentarse un gobierno; y ademas hay sobre todo los hábitos de gobierno, restablecidos y robustecidos por Napoleón, y continuados en los gobiernos que le

han sucedido. En España no es así; tenemos escelentes elementos sociales; pero éstos carecen de la direccion necesaria para influir cual conviene en el órden político, y de consiguiente, para cimentar un gobierno. Así, vemos con frecuencia que nuestros gobiernos, en vez de dirigir á la sociedad, la han contrariado, y han luchado con ella. Todas las opiniones, todos los sistemas, están representados en los diferentes partidos que dividen á esta infortunada nacion, pero todos adolecen del mismo defecto: la debilidad para organizar y sostener un gobierno. Que no lo olviden todos los hombres pensadores; que no dejen de contribuir á la reorganizacion social, fundada en nuestras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas, que su deber las obliga á procurar por todos los medios la moralidad de las clases inferiores, y el grangearse su buena voluntad, por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro; á veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar, y á poco rato se ha convertido en tremendo huracán, que estrella contra las rocas las naves, cual quebradizos vasos de cristal.

